

BEUCHOT, MAURICIO, *Hermenéutica analógica, símbolo y ontología* (México, Universidad Autónoma del Estado de México, México 2010). 166 pp.

Hace tiempo que el itinerario filosófico de M. Beuchot transita por los dominios de la ontología y la metafísica. Enriqueciendo su vasto saber en cuestiones de semiótica, de unos años para aquí el autor viene trabajando en lo que él mismo ha denominado una hermenéutica analógica; las últimas obras de este prolijo filósofo así lo atestiguan. De hecho, este libro prolonga este esfuerzo no solamente insistiendo en los fundamentos que la sustentan, sino también tratando de dar más recorrido a la intuición que la anima.

De lo que el texto se preocupa, anuncia Beuchot, es de hacer que la ontología y la metafísica devengan nuevamente relevantes para el hombre. Por ello conviene mostrar que los profetas de su superación o anulación no hacen otra cosa que reivindicarla, aunque ciertamente de otra forma. Nietzsche, por ejemplo, introduce no pocos elementos ontológicos en su obra, sostiene. No busca desterrarla como tal, sino solamente exiliar del panorama filosófico aquella ontología insulsa, eidética y altamente ineficaz. La demanda nietzschiana de poner la metáfora como punto de apoyo para un pensamiento ontológico es leída por Beuchot como la presencia de una genuina inquietud especulativa en el padre del (así llamado) nihilismo. Nietzsche ve, en términos kantianos, a Dionisio como el noúmeno y a Apolo como el fenómeno (p. 24), algo en lo que ya se anuncia el reto a superar: la dualidad establecida entre lo aparente y lo real, el sentido y la referencia. A eso precisamente, apunta Beuchot, es a lo que se dedica la ontología analógica que viene esbozando.

Diferente es el caso de Heidegger y la crítica a la metafísica. Para Beuchot su concepción de la misma adolece de un mayor conocimiento de la analogía. Su concepto del ser es demasiado unívoco (quizás por la influencia del escotismo, apunta) y poco sensible a la multiplicidad del decir del ser, por eso es totalmente pertinente la crítica de Lévinas: el intento heideggeriano es totalitario, abstracto. Si el que fuera profesor en Freiburg puede achacar un olvido del ser a la historia de la metafísica, también puede decirse que él tuvo un olvido de lo ente en cuanto tal, como lo otro que aparece en el horizonte de la experiencia mundana, que en sí mismo es experiencia ética. Para Beuchot si algo puede permitir sortear los lazos de la onto-teo-logía es justamente la analogía y su flexibilidad esencial para decir lo múltiple y lo uno de una forma sugerente.

Que hay sed de ontología es algo que para nuestro autor es indudable. En el tercer capítulo de la obra hace un somero repaso de las posiciones más recientes y relevantes al respecto: Foucault, Derrida, Marion, Deleuze, Vattimo, Grondin; «ya se siente un cambio, y —¿por qué no?— un renacer de estas cuestiones» (p. 72), dice. Pero eso no es suficiente. Si una revisión de la ontología es posible, solamente lo será en y por la hermenéutica; y no cualquiera: una hermenéutica que privilegie lo referencial anularía el sentido y con ello la relevancia para el sujeto; asimismo, un sentido excesivamente cerrado en sí mismo anularía cualquier posibilidad de acceder a un tentáculo con lo real. Hace falta, pues, un equilibrio entre proceso hermenéutico y cuestión ontológica; esto es, una hermenéutica analógica.

En este sentido, apunta Beuchot que la misma hermenéutica va dando señales que necesita de la ontología para atestiguar su

recorrido existencial. La propuesta ricoeuriana de proceso hermenéutico se afianza en el ejercicio de un agente «fuerte», con valor ontológico. Se trata de una ontología fundamental del sí que se despliega a partir de la temporalidad que lo atraviesa y que, por eso mismo, no puede ser cerrada. La restauración de una ontología enclaustrada en sí misma, ajena a lo mundano y sus contradicciones, no tiene sentido para el hombre de hoy. Cabe replantear el sentido de la ontología de la persona y de su pensar sobre el mundo.

Comencemos por lo segundo: es menester completar la metáfora con la metonimia, o lo que es lo mismo, que el decir humano pueda ser extrapolable a lo que aparece realmente y que en hacerlo se «acierte», apunta. Hay que conectar el símbolo con el ser y hacer que la metáfora se convierta en algo continuamente sugerente, dotando de sentido existencial el inquirir humano sobre lo real. De lo contrario la filosofía será algo vacuo e irrelevante (p. 96). El símbolo, además de responder a la pregunta metafísica del hombre como tal, como ser existencial, es la clave hermenéutica que permite interpretar y comprender el conjunto de los hombres, la sociedad, y sus vicisitudes. La expresión simbólica nace de la vivencia personal, no cabe duda, pero esta no se comprende, ni siquiera a sí misma, sin la dimensión de relación que la atraviesa. Por eso es tan importante acudir a él.

Tenemos entonces que la relación, que la vivencia del prójimo, tiene que ver, y mucho, con el sentido que cada cual busca para su ser. Con esto queda iluminada la senda para plantear la posibilidad de repensar la persona humana, sonsaca Beuchot. Si es en la antropología filosófica donde reside el interés máximo del pensar (¿qué somos?), hace falta recuperar el interés propio de pensar-*nos* de una forma fecunda. Tradicionalmente a eso se dedicaba la doctrina de la sustancia, cuya generalidad incluía la definición de lo humano (recuérdese a Boecio). Para Beuchot ésta es a todas luces inactual, y no por capricho. La sustancia no se entiende sin la relación, ya que el mundo, el orden, el «cosmos», no es más que sustancias en relación, un contexto en el cual cada sustancia se comprende a sí misma según la relacionalidad que la sitúa en el ser. La idea de sustancia dará consistencia

a lo que aparece, pero sin la relación, sin la apertura a lo otro, no tendría sentido pensar sobre ella. La sustancia es, en resumidas cuentas, simbólica, ya que ella misma es intencional, apunta Beuchot, así como la persona lo es porque sin la apertura a su prójimo no se comprende en su profundidad.

Es decir, una ontología relevante debe pasar por la antropología, pero no para quedarse ahí, puesto que solo se completa si puede proyectarse hacia «afuera». Es así que resulta muy útil recuperar la *parábola* como forma del discurso sobre lo real. Con ello, apunta, se ontologizaría la metáfora y se la cargaría de iconicidad, de material existencial, algo imprescindible para que el hombre se sienta por ella interpelada y convocado a la reflexión de su alcance. Obviamente eso debe conllevar la renuncia a querer dar con «la» forma que rige lo real y asumir que la temporalidad e historicidad del proceso hermenéutico desembocan en una visión mágica de la realidad. El proceso analógico resultante se define entonces como un proceso dialéctico abierto cuyo analogado principal es, justamente, la relación real (p. 142) de los entes que aparecen.

Para Beuchot todo reside en la fuerza de lo simbólico: el símbolo hace que la sustancia sea relación, intencionalidad, y por eso cuestión relevante y existencial para el hombre, él mismo ya un símbolo. El símbolo es la clave que vivifica el pensar y lo sitúa en las coordenadas del interés genuino. Tanto es así que la ontología colinda con la ética y hasta con la psicología, pues dado que atraviesa lo antropológico, también tiene que asumir aquel fondo misterioso del ser humano. También la voluntad y sus resortes tienen algo que decir en todo esto. Para Beuchot esto no constituye una amenaza que pudiera colapsar el despliegue de una hermenéutica simbólica de alcance ontológico «fuerte». Lo que inquieta a la voluntad (y la ética) es el *telos* de la vida, su finalidad. Aristóteles defendió que de las cuatro causas, la que tiene que ver con él (*entelequia*) es la más importante, lo que significa que lo que constituye al ser humano es la intencionalidad hacia el fin, hacia aquello que lo completa y lo hace ser plenamente «hombre». De este modo, dice Beuchot, puede interpretarse la causalidad

como esa vocación a la relación con lo circundante, y así al orden de proporciones y juego hermenéutico analógico, que haría de la ética un proceso de sentido, de plenitud. «Una hermenéutica del sí conduce de la metafísica a la ética», glosa (p. 164).

Cabría, empero, cuestionar si valen todas las hermenéuticas, todos los procesos simbólicos, en la iluminación de la existencia, o si hay, por el contrario, alguna que nos acerca más a lo que somos como humanos. Dado que el analogado principal es la relación como tal, podría esgrimirse que solamente aquello que potencie el ser ente de cada ente, es decir, que permita a todas las sustancias ser en su ser concreto subsistiendo y permanecer abiertas a lo que las rodea, es digno de ser llamado proceso simbólico. Sin embargo, eso no clarifica la cuestión de su validez, sino que más bien la pospone, porque: ¿qué significa relación? ¿Es en sí mismo algo unívoco o simbólico?

Sea como fuere, lo cierto es que si la ontología quiere ser relevante (y de ahí la metafísica), debe abrirse a lo mundano, a la historicidad y a la diferencia, y dejarse llevar por los surcos de la in-determinación y la dinamicidad de nuestra experiencia existencial. De lo contrario, nos advierte sin aspavientos esta obra de Beuchot, la noche de la especulación, y con ella la del hombre y su preguntar, no habrá acabado. El trecho está ahí para ser recorrido, y nadie dijo que sería fácil hacerlo.—MIGUEL SEGURÓ.

ARANA, JUAN, *Los sótanos del universo. La determinación natural y sus mecanismos ocultos* (Biblioteca Nueva, Madrid, 2012). 393 pp., ISBN: 978-84-9940-479-0.

Una forma no peor que otras de indagar qué entiende nuestra sociedad por filosofía, o qué espera hoy el público de los discípulos de Sócrates y Platón, consiste en acercarse a librerías lo suficientemente grandes como para albergar un estante dedicado a esta disciplina (en las librerías pequeñas raras veces vamos a dar con uno, lo cual ya constituye un dato significativo). Si lo hacemos, comprobaremos que el rincón filosófico casi siempre es contiguo, o al menos cercano, a la sección de manuales de autoayuda,

esoterismo, y otras ofertas más o menos salvíficas. Es decir, de manera inconsciente o no, la filosofía es situada entre aquellas materias destinadas a lograr un cierto equilibrio interior, a la superación de los miedos y las ansiedades que nos acucian en un mundo que se dice (y quizás sea) cada vez más inhumano, y, en definitiva, a orientarnos en la gestión práctica de nuestra vida.

Si hojeamos luego las novedades más exitosas que se nos ofrecen ahí, la primera impresión se confirma: La filosofía es concebida de modo creciente como una especie de guía para procurar reflexivamente la felicidad personal. La vida buena. Ya el mero hecho de la sobreabundancia de títulos relacionados con la ética, o con la filosofía práctica en general, certifica este diagnóstico.

Dicho en otros términos, la filosofía parece encontrarse en la actualidad en una posición en gran medida análoga a la que ocupó hacia el final del mundo antiguo. Y esto tiene consecuencias. Entre ellas no es la menor la pérdida de interés por la verdad; y sobre todo por la verdad en lo relativo a la naturaleza, al modo de ser del mundo. De la filosofía ya no se espera tanto un esfuerzo riguroso por conocer la realidad como un cúmulo de consejos que nos hagan la vida más llevadera.

En tales circunstancias, la aparición de una obra como *Los sótanos del universo*, de Juan Arana, tiene que causar sorpresa. Desde luego, lo menos que se puede decir de ella es que se trata de una propuesta de lectura radicalmente a contracorriente. Y que no es poco el valor que ha debido requerir de su autor el ofrecérsela.

Pero, por supuesto, se puede decir mucho más. Pues *Los sótanos del universo* supone un gran regalo para aquellos que añoran una filosofía que se esfuerce ante todo por avanzar en el estudio de la realidad, en el conocimiento del modo de ser del mundo en el que estamos inmersos.

El tema de este libro es el enlace entre las cosas y los fenómenos que constituyen el mundo; las conexiones invisibles —de ahí la metáfora de los sótanos— que determinan el curso de su desarrollo: las causas, y otras fuentes de determinación de la realidad.

Desde luego, la multiplicidad de aspectos que es preciso tocar en un estudio sobre